

cuanto Dios es, su ser, su saber, su bondad, su poder, y no solamente en sí lo tiene, mas tan enlazado y tan estrechamente unido consigo misma, que ni puede desprenderse dél ó desenlazarse, ni es posible que mientras dél presa estuviere, ó con él unida en la manera que digo, no viva y se conserve en suma perfeccion de justicia. Que como el hierro que la fragua enciende, penetrado y poseído del fuego, y que parece otro fuego, siempre que está en la hornaza es y parece así, y si della no pudiese salir no tendria, ni tener podria, ni otro parecer ni otro ser; así lanzada toda aquella feliz humanidad y sumida en el abismo de Dios, y poseída enteramente y penetrada por todos sus poros de aquel fuego divino, y firmado con no mudable ley que ha de ser así siempre, es un hombre que es Dios, y un hombre que será Dios cuanto Dios fuere, y cuanto está léjos de no lo ser, tanto está apartada de no tener en su alma toda inocencia y rectitud y justicia.

»Que como ella es medianera entre Dios y su cuerpo, porque con él se ayunta Dios por medio del alma, y como los medios comunican siempre con los extremos y tienen algo de la naturaleza de ambos, por eso la alma de Cristo, que como forma de la carne dice con ella y se le avecina y allega, como mente criada para unirse y enlazarse con Dios, y para recibir en sí y derivar de sí en su cuerpo, así natural como místico, y los influjos de la divinidad, fué necesario que se asemejase á Dios y se levantase en bondad y justicia mas ella sola que juntas las criaturas, y convino que fuese un espejo de bien y un dechado de aquella suma bondad, y un sol encendido y lleno de aquel Sol de justicia, y una luz de luz y un resplandor de resplandor, y un piélagos de bellezas cebado de un abismo bellísimo. Y rodeado y enriquecido con toda aquesta hermosura y justicia y inocencia y mansedumbre nuestro santo *Cordero*, como tal, y para serlo cabalmente y del todo, se hizo nuestro único y perfecto sacrificio, aceptando y padeciendo, por darnos justicia y vida, muerte afrentosa en la cruz. En que se ofrece á la lengua infinito; mas digamos solo el cómo fué sacrificio, y la forma de aquesta expiacion. Que cuando san Juan deste *Cordero* dice (a) que quita los pecados del mundo, no solamente dice que los quita, sino que, segun la fuerza de la propia palabra, así los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo y los hace como suyos para ser él castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera que cuanto al cómo fué sacrificio, decimos que lo fué no solamente padeciendo por nuestros pecados, sino tomando primero á nosotros y á nuestros pecados en sí, y juntándolos consigo y cargándose de ellos, para que padeciendo él, padeciesen los que con él estaban juntos, y fuesen allí castigados. En que es gran maravilla que si padeciéramos en nosotros mismos doliéranos mucho y valiéramos poco. Y mas, como acaece á los árboles que son sin fruto en el suelo do nacen, y trasplantados dél fructifican; así nosotros traspasados en Cristo morimos sin pena, y fuémos fructuosos la muerte; que la maldad de nuestra culpa habia pasado tan adelante en nosotros, y extendiéndose y cundido tanto en el alma, que lo tenia estéril todo y inútil,

(a) Joan, 1, v. 29.

y no se quitaba la culpa sino pagando la pena, y la pena era muerte.

»De manera que por una parte nos convenia morir, y por otra, siendo nuestra, era inútil la muerte. Y así, fué necesario, no solo que otro muriese, sino tambien que muriésemos nosotros en otro que fuese tal y tan justo, que por ser en él tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrease la vida. Y como esto era necesario, así fué lo primero que hizo el *Cordero* en sí, para ser propiamente nuestro sacrificio. Que como en la ley vieja (b), sobre la cabeza de aquel animal con que limpiaba sus pecados el pueblo, en nombre dél ponía las manos el sacerdote, y decia que cargaba en ella todo lo que su gente pecaba; así él, porque era tambien sacerdote, puso sobre sí mismo las culpas y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma, como en lo pasado se dijo, por una manera de union espiritual y inefable, con que suele Dios juntar muchos en uno; de que los hombres espirituales tienen mucha noticia. Con la cual union encerró Dios en la humanidad de su Hijo á los que segun su ser natural estaban della muy fuera, y los hizo tan unos con él, que se comunicaron entre sí y á veces sus males y sus bienes y sus condiciones, y muriendo él, morimos de fuerza nosotros, y padeciendo el *Cordero*, padecemos en él y pagamos la pena que debiamos por nuestros pecados, los cuales pecados, juntándonos Cristo consigo, por la manera que he dicho, los hizo como suyos propios, segun que en el psalmo dice (c):—Cuán léjos de mi salud las voces de mis delitos;—que llama delitos suyos los nuestros, porque se echó así á ellos, como á los autores dellos tenia sobre los hombros puestos, y tan allegados á sí mismo y tan juntos, que se le pegaron las culpas dellos, y le sujetaron al azote y al castigo y á la sentencia contra ellos dada por la Justicia divina. Y pudo tener en él asiento lo que no podia ser hecho ni obrado por él. En que se consideran con nueva maravilla dos cosas: la fuerza del amor, y la grandeza de la pena y dolor. El amor, que pudo en un sugeto juntar los extremos de justicia y de culpa; la pena que naceria en un alma tan limpia cuando se vió no solamente vecina, sino tan por suya tanta culpa y torpeza. Que sin duda, si bien se considera, verémos ser esta una de las mayores penas de Cristo; y si no me engaño, de dos causas que le pusieron en agonía y en sudor de sangre en el huerto, fué esta la una.

»Porque, dejando aparte el ejército de dolores que se le puso delante, y de la fuerza que en vencerlos puso, de que dijimos arriba, ¿qué sentimiento seria (¿qué digo sentimiento?), qué congoja, qué ansia, qué basca cuando el que es en sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado cuanto conocida ser puede, y el que la aborrece y desama cuanto ama su justicia, y cuanto á Dios mismo, á quien ama con amor infinito, vió que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta la fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa y se le avecinaban al alma, y la cercaban y rodeaban y cargaban sobre ella, y ver-

(b) Levit., 16, v. 21. (c) Psalm. 21, v. 4.

§. III.

Trátase del nombre el *Amado*, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explicanse las finezas de amor con que los suyos le aman.

daderamente se le apegaban, y hacian como suyas sin serlo ni haberlo podido ser? ¿Qué agonía y qué tormento tan grande quien aborreció tanto este mal, y quien via á los ojos cuánto de Dios aborrecido era y huido, verse dél tan cargado, y verse leproso el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra, y como vestido de injusticia y maldad el que en esemismo tiempo es justicia, y herido y azotado y como desechado de Dios el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras y era el descanso del Padre? Así que, fué caso de terrible congoja el unir consigo Cristo purísimo, inocentísimo y justísimo, tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal rey de tanta dignidad de nuestra vejez y vileza.

»Y eso mismo, que fué hacerse *Cordero* de sacrificio, y poner en sí las condiciones y cualidades debidas al *Cordero*, que sacrificado limpiaba, fué en cierta manera un gran sacrificio; y disponiéndose para ser sacrificado, se sacrificaba de hecho con el fuego de la congoja que de tan contrarios extremos en su alma nacia, y antes de subir á la cruz le era cruz esa misma carga que para subir á ella sobre sus hombros ponía. Y subido y enclavado en ella, no le rasgaban tanto ni lastimaban sus tiernas carnes los clavos, cuanto le traspasaban con pena el corazon la muchedumbre de maldades y de maldades, que ayuntados consigo y sobre sus hombros tenia; y le era menos tormento el desatarse su cuerpo, que el ayuntarse en el mismo templo de la santidad tanta y tan grande torpeza. A la cual, por una parte, su santa ánima la abrazaba y recogia en sí para deshacerla por el infinito amor que nos tiene, y por otra esquivaba y rehuia su vecindad y su vista, movido de su infinita limpieza, y así peleaba y agonizaba y ardia como sacrificio aceptísimo; y en el fuego de su pena consumia eso mismo que con su vecindad le penaba, así como lavaba con la sangre que por tantos vertia esas mismas mancillas que la vertian, á que, como si fueran propias, dió entrada y asiento en su casa. De suerte que ardiendo él, ardieron en él nuestras culpas, y bañando el cuerpo de sangre, se bañaron en sangre los pecadores, y muriendo el *Cordero*, todos los que estaban en él por la misma razon pagaron lo que el rigor de la ley requería. Que como fué justo que la comida de Adán, porque en sí nos tenia, fuese comida nuestra, y que su pecado fuese nuestro pecado, y que emponzoñándose él, nos emponzoñásemos todos; así fué justísimo que ardiendo en el ara de la cruz, y sacrificándose este dulce *Cordero*, en quien estaban encerrados y como hechos uno todos los suyos, cuanto es de su parte quedasen abrasados todos y limpios. De lo cual, Juliano, veréis con cuánta razon se llama Cristo *Cordero*, que fué lo que al principio declarar propuse, y segun lo mucho que hay que decir, he declarado algun tanto. Pasemos, si os parece, al nombre de *Amado*, que pues tan agradable le fué á Dios el sacrificio de nuestro santo *Cordero*, sin duda fué amado y lo es por extraordinaria manera. »Viendo Marcelo que daban muestras los dos de gustar que pasase adelante, cobrando un poco de aliento, prosiguió diciendo: «Digo pues que es llamado Cristo el *Amado*, etc.

»Y porque, Sabino, veais que no me pesa de obedecerlos, y porque no digais, como soleis, que siempre os cuesta lo que me ois muchos ruegos, primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser él lo que Dios en todas las cosas ama, me le trujeron á la memoria, y es el *Amado*, que así le llama la Sagrada Escritura en diferentes lugares. «Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entonces; mas proseguí en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena. «Digo pues, prosiguió luego Marcelo, que es llamado Cristo el *Amado* en la Santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los *Cantares* la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces; Isaias, en el capítulo v, hablando dél mismo y con él mismo, le dice (a):—Cantaré al *Amado* el cantar de mi tío á su viña.—Y acerca del mismo profeta en el capítulo xxvi, adonde leemos (b):—Como la que escribió el tiempo del parto vocea herida de sus dolores, así nos acaece delante tu cara;—la antigua traslacion de los griegos lee desta manera:—Así nos aconteció con el *Amado*.—Que, como Origenes declara, es decir que el *Amado*, que es Cristo concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir, lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negacion de sí mismo. Y David, al salmo 44, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula cantar del *Amado*. Y san Pablo le llama el hijo del amor, por aquesta misma razon. Y el mismo Padre celestial, acerca de san Mateo, le nombra su *Amado* y su Hijo. De manera que es nombre de Cristo este, y nombre muy digno dél, y que descubre una su propiedad muy rara y muy poco advertida.

»Porque no queremos decir agora que Cristo es amable ó que es merecedor del amor, ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes, con que puede aficionar á las almas, que eso es un abismo sin suelo, y no es lo propio que en este nombre se dice. Así que, no queremos decir que se le debe á Cristo amor infinito, sino decir que es Cristo el *Amado*; esto es, el que antes ha sido y agora es y será para siempre la cosa mas amada de todas. Y dejando aparte el derecho, queremos decir del hecho y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propiamente importa este nombre, no menos digno de consideracion que los demás nombres de Cristo. Porque, así como es sobre todo lo que emprende el juicio la grandeza de razones por las cuales Cristo es amable, así es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oidas de amor con que los suyos le aman. Muchos merecen ser amados y no lo son, ó lo son mucho menos de lo que merecen; mas á Cristo, aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á

(a) Isai., 5, v. 1. (b) Ibidem, 26, v. 17.

los hombres. Y si dellos levantamos los ojos, y ponemos en el cielo la vista, es amado de Dios todo cuanto merece; y así es llamado debidamente el *Amado*, porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas, y porque él solo es el que tiene verdaderos amadores de sí. Y aunque la prueba deste negocio es el hecho, digamos primero del dicho, y antes que vengamos á los ejemplos, descubramos las palabras que nos hacen ciertos desta verdad, y las profecías que della hay en los libros divinos.

»Porque lo primero, David en el salmo en que trata del reino de aqueste su Hijo y Señor profetiza como en tres partes esta singularidad de afición con que Cristo había de ser de los suyos querido. Que primero dice (a): —Adorarle han los reyes todos, todas las gentes le servirán.—Y despues añade:—Y vivirá, y daránle del oro de Sabá, y rogarán siempre por él; bendecirle han todas las gentes.—Y á la postre concluye:—Y será su nombre eterno, perseverará allende del sol su nombre; bendecirse han todos en él, y daránle bienandanzas.—Que como aquesta afición que tienen á Cristo los suyos es rarísima por extremo, y David la contemplaba alumbrado con la luz de profeta, admirándose de su grandeza, y queriendo decirla, usó de muchas palabras, porque no se decía con una. Que dice que la fuerza del amor para con Cristo, que reinaria en los ánimos fieles, les derrocaría por el suelo el corazón adorándole, y los encendería con cuidado vivo para servirle, y les haría que le diesen todo su corazón hecho oro, que es decir, hecho amor, y que fuese su deseo continuo rogar que su reino creciese y que se extendiese mas y allende su gloria, y que les daría un corazón tan ayuntado y tan hecho uno con él, que no rogarían al Padre ninguna cosa que no fuese por medio dél; y que del hervor del ánimo les saldría el ardor á la boca, que les bulliría siempre en loores, á quien ni el tiempo pondría silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parare, sino que durarían cuanto el amor que los hace, que sería perpétuamente y sin fin. El cual mismo amor les sería causa á los mismos para que ni tuviesen por bendito lo que Cristo no fuese, ni desearsen bien, ni á otros ni á sí, que no naciese de Cristo, ni pensasen haber alguno que no estuviese en él, y así juzgasen y confesasen ser suyas todas las buenas suertes y las felices venturas.

»También vió aquestos extremos de amor con que amarían á Cristo los suyos el patriarca Jacob, estando vecino á la muerte, cuando profetizando á Josef, su hijo, sus buenos sucesos, entró otras cosas, le dice (b):—Hasta el deseo de los collados eternos.—Que por cuanto le había bendecido, y juntamente profetizado que en él y en su descendencia florecerían sus bendiciones con grandísimo efecto, y por cuanto conocía que al fin había de perecer toda aquella felicidad en sus hijos, por la infidelidad dellos, al tiempo que naciese Cristo en el mundo, añadió, y no sin lástima, y dijo:—Hasta el deseo de los eternos collados.—Como diciendo que su bendición en ellos tendría suceso hasta que Cristo naciese. Que así como cuando bendijo á su hijo Judas le dijo que mandaría entre su gente y tendría el cetro

(a) Psalm. 71. (b) Genes., 49, v. 26.

del reino hasta que viniese el Silo, así agora pone límite y término á la prosperidad de Josef en la venida del que llama deseo. Y como allí llama á Cristo Silo por encubierta y rodeo, que es decir el enviado ó el hijo della, ó el dador de la abundancia y de la paz, que todas son propiedades de Cristo, así aquí le nombra el deseo de los collados eternos; porque los collados eternos aquí son todos aquellos á quien la virtud ensalzó, cuyo único deseo fué Cristo. Y es lástima, como decía, que hirió en este punto el corazón de Jacob, con sentimiento grandísimo que viniese á tener fin la prosperidad de sus hijos cuando salía á luz la felicidad deseada y amada de todos, y que aborreciesen ellos para su daño lo que fué el suspiro y el deseo de sus mayores y padres, y que se forjasen ellos por sus manos su mal en el bien que robaba para sí todos los corazones y amores.

»Y lo que decimos *deseo* aquí, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo. Por manera que es cosa propia de Cristo, y ordenada para solo él, y profetizada dél antes que naciese en la carne, el ser querido y amado y deseado con excelencia, como ninguno jamás ha sido ni querido ni deseado ni amado. Conforme á lo cual fué también lo de Ageo, que hablando de aqueste general objeto de amor y deste señaladamente querido, y diciendo de las ventajas que había de hacer el templo segundo, que se edificaba cuando él escribía, al primero templo, que edificó Salomon y fué quemado por los caldeos, dice por la mas señalada de todas (c): —Que vendría á él el deseado de todas las gentes, y que le hinchiría de gloria.—Porque, así como el bien de todos colgaba de su venida, así le dió por suerte Dios que los deseos é inclinaciones y aficiones de todos se inclinasen á él. Y esta suerte y condicion suya, que el Profeta miraba, la declaró llamándole el deseado de todos. Mas ¿por aventura no llegó el hecho á lo que la profecía decía, y el de quien se dice que sería el deseado y amado, cuando salió á luz no lo fué? Es cosa que admira lo que acerca desto acontece, si se considera en la manera que es. Porque lo primero puede considerarse la grandeza de una afición en el espacio que dura, que esa es mayor la que comienza primero, y siempre persevera continua, y se acaba ó nunca ó muy tarde. Pues si queremos confesar la verdad, primero que naciese en la carne Cristo, y luego que los hombres ó luego que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones dellos su deseo y su amor. Porque, como altísimamente escribe san Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, se dijo (d): —Y adórenle todos sus ángeles.—En que quiere significar y decir que luego y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesión dellos á Cristo, su hijo, como á heredero suyo y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenía en su ánimo acerca de la humanidad de Jesus; señora que había de ser de todo y reparadora de todo, á la cual se la propuso como delante los ojos, para que fuese su esperanza y su deseo y su amor.

(c) Ageo, 2, v. 8. (d) Hebr., 1, v. 6.

»Así que, cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo amado dellas, y como si dijésemos, en sus amores dél se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella antes que ninguno otro que de fuera viniese. Y en la manera que san Juan le nombra Cordero sacrificado desde la origen del mundo (a), así también le debemos llamar bien amado y deseado desde luego que nacieron las cosas; porque así como fué desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios que los hombres á Dios ofrecieron desde que comenzaron á ser, porque todos ellos eran imagen del único y grande sacrificio deste nuestro Cordero, así en todos ellos fué aqueste mismo Señor deseado y amado. Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables que se compusieron de las obras y de los sucesos y de las personas de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo, y eran como un pedirsele á Dios, poniéndole devota y afionadamente tantas veces su imagen delante. Y como los que aman una cosa mucho, en testimonio de cuanto la aman, gustan de hacer su retrato y de traerlo siempre en las manos, así el hacer los hombres tantas veces y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo, ciertas señales eran del amor y deseo dél que les ardia en el pecho. Y así las presentaban á Dios para aplacarle con ellas, que las hacían también para manifestar en ellas su fe para con Cristo y su deseo secreto.

»Y este deseo y amor de Cristo, que digo que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo y persevera hasta agora, y llegará hasta el fin y durará cuando la edad se acabare, y florecerá fenecidos los siglos, tan grande y tan extendido cuanto la eternidad es grande y se extiende; porque siempre hubo y siempre hay y siempre ha de haber almas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones deste bienaventurado deseo; siempre sed dél, siempre vivo el apetito de verle, siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma. Y como las demás cosas para ser amadas quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó dirémos mejor aun, las sombras obscuras que Dios les puso delante, y el rumor solo suyo y su fama, les encendió los espíritus con increíbles ardores. Y por eso dice divinamente la Esposa (b): —En el olor de tus olores corremos, las doncellitas te aman.—Porque solo el olor de aqueste gran bien, que tocó en los sentidos recién nacidos, y como donceles del mundo, les robó por tal manera las almas, que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme á esto es también lo que dice el Profeta (c): —Esperamos en tí, tu nombre y tu recuerdo, deseo del alma, mi alma te deseó en la noche.—Porque en la noche, que es, segun Teodoreto declara, todo el tiempo desde el principio del mundo hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando á malas penas se devisaba, llevaba á sí los

(a) Apoc., 13, v. 8. (b) Cant., 1, v. 2. (c) Isai., 26, v. 9.

deseos; y su nombre apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas.

»Mas, ¿cuántas almas? pregunto. ¿Una ó dos, ó á lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin número de los verdaderos amadores que Cristo tiene y tendrá para siempre. Un amigo fiel es negocio raro y muy dificultoso de hallar. Que, como el Sábio dice (d): —El amigo fiel es fuerte defensa; el que le hallare, habrá hallado un tesoro.—Mas Cristo halló y halla infinitos amigos, que le aman con tanta fe, que son llamados los fieles entre todas las gentes, como con nombre propio y que á ellos solos conviene. Porque en todas las edades del siglo y en todos los años dél, y podemos decir que en todas sus horas, han nacido y vivido almas que entrañablemente le amen. Y es mas hacadero y posible que le falte la luz al sol, que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo, y el que le tiene como de la mano para que no desfallezca. Porque no es el mundo mas de cuanto se hallare en él quien por Cristo se abraza. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, segun que dijimos ayer; así en el punto que faltase en el suelo quien le reconociese y amase y sirviese, se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello á que son. Pues ¿el sol, despues que comenzó su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo, ¿quién podrá contar la muchedumbre de los que amaron y aman á Cristo? Y aunque Aristóteles pregunta si conviene tener uno muchos amigos, y concluye que no conviene; pero sus razones tienen fuerza en la amistad de la tierra, adonde, como en sugeto no propio, prende siempre y fructifica con imperfeccion el amor. Mas esa es la excelencia de Cristo, y una de las razones por donde le conviene ser el amado con propiedad, que da lugar á que le amen muchos como si le amara uno solo, sin que los muchos estorben, y sin que él se embarace en responderse con tantos. Porque si los amigos, como dice Aristóteles, no han de ser muchos, porque para el deleite bastan pocos; porque el deleite no es el mantenimiento de la vida, sino como la salsa della, que tiene su límite; en Cristo aquesta razon no vale, porque sus deleites, por grandes que sean, no se pueden condenar por exceso.

»Y si teniendo respeto al interés, que es otra razon, no nos conviene porque habemos de acudir á sus necesidades, á que no puede bastar la vida ni la hacienda de uno si los amigos son muchos, tampoco tiene aquesto lugar, porque su poder de Cristo haciendo bien no se cansa, ni su riqueza repartida se disminuye, ni su alma se ocupa aunque acuda á todos y á todas sus cosas. Ni menos impide aquí lo que entre los hombres estorba, que (y es la tercera razon) no se puede tener amistad con muchos si ellos también entre sí no son amigos. Y es dificultoso negocio que muchos entre sí mismos y con un otro tercero guarden verdadera amistad. Porque Cristo en los que le aman él mismo hace el amor y se pasa á sus pechos dellos y vive en sus almas, y por la misma razon hace que tengan todos una misma alma y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes

(d) Eccles., 6, v. 14.

y los unos se amen. Y si nosotros no podemos cumplir con muchos amigos, porque acontecería en un mismo tiempo, como el mismo filósofo dice, ser necesario sentir dolor con los unos y placer con los otros; Cristo, que tiene en su mano nuestro dolor y placer, y que nos lo reparte cuando y como conviene, cumple á un mismo tiempo dulcísimamente con todos. Y puede él, porque nació para ser por excelencia el *Amado*, lo que no podemos los hombres, que es amar á muchos con estrechez y extremo; que el amor no lo es si es tibio ó mediano; porque la amistad verdadera es muy estrecha, y así nosotros no valemos sino para con pocos. Mas él puede con muchos, porque tiene fuerza para lanzarse en el alma de cada uno de los que le aman, y para vivir en ella y abrazarse con ella cuan estrechamente quisiere.

»De todo lo cual se concluye que Cristo, como á quien conviene el ser amado entre todos, y como aquel que es el sugeto propio del amor verdadero, no solamente puede tener muchos que le amen con estrecha amistad, mas debe tenerlos, así de hecho los tiene, porque son sus amadores sin cuento. ¿No dice en los *Cantares* la Esposa (a): — Setenta son sus reinas y ochenta sus aficionadas, y de las doncellitas que le aman no hay cuento? — Pues la Iglesia ¿qué le dice cuando le canta que se recrea entre las azucenas, rodeado de danzas y de coros de vírgenes? Mas san Juan, en su revelacion, como testigo de vista, lo pone fuera de toda duda, diciendo (b) que vió una muchedumbre de gente que no podía ser contada, que delante del trono de Dios asistian ante la faz del Cordero vestidos de vestiduras blancas y con ramos de palma en las manos. Y si los aficionados que tiene entre los hombres son tantos, ¿qué será si ayuntamos con ellos á todos los santos ángeles, que son tambien suyos en amor y en fidelidad y en servicio? Los cuales sin ninguna comparacion exceden en muchedumbre á las cosas visibles, conforme á lo que Daniel escribía (c): — Que asisten á Dios y le sirven millares de millares, y de cuentos y de millares. — Cosa sin duda, no solamente rara y no vista, sino impensada ni imaginada jamás, que sea uno amado de tantos, y que una naturaleza humana de Cristo abraza en amor á todos los ángeles, y que se extienda tanto la virtud deste bien, que encienda aficion de sí cuasi en todas las cosas.

»Y porque dije cuasi en todas, podemos, Juliano, decir que las que ni juzgan ni sienten, las que carecen de razon y las que no tienen ni razon ni sentido, apetece tambien á Cristo y se le inclinan amorosamente, tocadas deste su fuego en la manera que su natural lo consiente. Porque lo que la naturaleza hace, que inclina á cada cosa al amor de su propio provecho sin que ella misma lo sienta, eso obró Dios, que es por quien la naturaleza se guía, inclinando al deseo de Cristo aun á lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas guiadas de un movimiento secreto, amando su mismo bien, le aman tambien á él y suspiran con su deseo y gimen por su venida, en la manera que el Apóstol escribe (d): — La esperanza de toda la criatura se ende-

(a) Cant., 6, v. 7. (b) Apoc., 7, v. 9. (c) Dan., 7, v. 10.
(d) Rom., 8, v. 19.

reza á cuándo se descubrirán los hijos de Dios, que agora está sujeta á corrupcion fuera de lo que apetece, por quien á ello le obliga y la mantiene con esta esperanza. Porque cuando los hijos de Dios vinieren á la libertad de su gloria, tambien esta criatura será liberada de su servidumbre y corrupcion. Que cosa sabida es que todas las criaturas gimen y están como de parto hasta aquel día. — Lo cual no es otra cosa sino un apetito y un deseo de Jesucristo, que es el autor desta libertad que san Pablo dice y por quien todo vocea. Por manera que se inclinan á él los deseos generales de todo, y el mundo con todas sus partes le mira y abraza.

»Conforme á lo cual, y para significacion dello, decia en los *Cantares* la Esposa (e) que Salomon hizo para sí una litera de cedro, cuyas columnas eran de plata, y los lados de la silla de oro, y el asiento de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Jerusalem; porque esta litera, en cuyo medio Cristo reside y se asienta, es lo mismo que este templo del universo, que, como digo, él mismo hizo para sí en la manera como para tal Rey convenia, rico y hermoso, y lleno de variedad admirable y compuesto, y como si dijésemos artizado con artificio grandísimo; en el cual se dice que anda él como en litera, porque todo lo que hay en él le trae consigo, y le demuestra y le sirve de asiento. En todo está, en todo vive, en todo gobierna, en todo respaldede y reluce. Y dice que está en medio, y llámale por nombre el amor encendido de las hijas de Jerusalem para decir que es el amor de todas las cosas, así la que usan de entendimiento y razon, como las que carecen della y las que no tienen sentido. Que á las primeras llama hijas de Jerusalem, y en orden dellas le nombra amor encendido, para decir que se abrasan amándole todos los hijos de paz, ó sean hombres ó ángeles. Y las segundas demuestra por la litera y por las partes ricas, que la componen la caja, las columnas, el recodadero y el respaldar, y la peña y asiento; respecto de todo lo cual, dice que este amor está en medio, para mostrar que todo ello le mira, y que como al centro de todo, su peso de cada uno le lleva á él los deseos de todas las partes derecha y fielmente, como van al punto las rayas desde la vuelta del círculo.

»Y no se contentó con decir que Cristo tiene el medio y el corazon desta universidad de las cosas para decir que le encierran todas en sí, ni se contentó con llamarle amor dellas para demostrar que todas le aman, sino añadió mas, y llamóle amor encendido con una palabra de tanta significacion como es la original que allí pone, que significa, no encendido como quiera, sino encendido grande é intenso y como lanzado en los huesos, y encendido cual es el de la brasa, en que no se ve sino fuego. Y así dirémos bien aquí: el amor abrasado ó el amor que convierte en brasa los corazones de sus amigos, para encarecer así mejor la fineza de los que le aman. Porque no es tan grande el número de los amadores que tiene este *Amado*, con ser tan fuera de todo número como dicho tenemos, cuanto es ardiente y firme y vivo y por maravilloso modo entrañable el amor que le tienen. Porque, á la verdad, lo que mas aquí admira es la viveza y firmeza, y blandu-

(e) Cant., 3, v. 9.

fa y fortaleza, y grandeza de amor con que es amado Cristo de sus amigos. Que personas ha habido, unas dellas naturalmente bienquistas, otras que, ó por su industria ó por sus méritos, han allegado á sí las aficiones de muchos, otras que enseñando sectas y alcanzando grandes imperios han ganado acerca de las naciones y pueblos reputacion y adoracion y servicio.

»Mas no digo uno de muchos, pero ni uno de otro particular íntimo amigo suyo, fué jamás amado con tanto encendido y firmeza y verdad como Cristo lo es de todos sus verdaderos amigos, que son, como dicho habemos, sin número. Que si, como escribe el Sábio (a): — El amigo leal es medicina de vida, y hállanle los que temen á Dios; — que el que teme á Dios hallará amistad verdadera, porque su amigo será otro como él; ¿qué podrémos decir de la leal y verdadera amistad de los amigos que Cristo tiene y de quien es amado, si han de responder á lo que él ama á Dios, y si le han de ser semejantes y otros tales como él? Claro es que, conforme á esta regla del Sábio, quien es tan verdadero y tan bueno ha de tener muy buenos y muy verdaderos amigos, y quien ama á Dios y le sirve, segun que es hombre, con mayor intencion y fineza que todas las criaturas juntas, es amado de sus amigos mas firme y verdaderamente que lo fué jamás criatura ninguna. Y claro es que el que nos ama y nos requesta, y nos solicita y nos busca, y nos beneficia y nos allega á sí, y nos abraza con tan increíble y no oida aficion, al fin no se engaña en lo que hace, ni es respondido de sus amigos con amor ordinario. Y conócese aquesto aun por otra razon; porque él mismo se forja los amigos y les pone en el corazon el amor en la manera que él quiere. Y cuanto de hecho quiere ser amado de los suyos, tanto los suyos le aman; pues cierto es que quien ama tanto como Cristo nos ama, quiere y apetece ser amado de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca y solamente desea al amor. Y cierto es que, pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales amigos cuales nos quiere y desea; y que pues enciende este fuego, le enciende conforme á su voluntad, vivo y grandísimo.

»Que si los hombres y los ángeles amaran á Cristo de su cosecha, y á la manera de su poder natural y segun su sola condicion y sus fuerzas, que es decir al estilo tosco suyo y conforme á su aldea, bien se pudiera tener su amor para con él por tibio y por flaco. Mas si miramos quién los atiza de dentro, y quién los despierda y favorece para que le puedan amar, y quien principalmente cria el amor en sus almas, luego vemos no solamente que es amor de extraordinario metal, sino tambien que es incomparablemente ardentísimo; porque el Espíritu Santo mismo, que es de su propiedad el amor, nos enciende de sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, segun lo que dice san Pablo (b): — La caridad de Dios nos ha sido derramada por los corazones por el Espíritu Santo, que nos han dado. — Pues ¿qué no será, ó cuáles quilates le faltarán, ó á qué fineza no allegará el amor que Dios en el hombre hace y que enciende con el soplo de su espíritu propio? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios, y por la

(a) Eccles., 6, v. 16. (b) Rom., 5, v. 5.

misma razon digno del, y hecho á la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? O ¿será posible que la idea, como si dijésemos, del amor, y el amor con que Dios mismo se ama, crie amor en mí que no sea en firmeza fortísimo, y en blandura dulcísimo, y en propósito determinado para todo y osado, y en ardor fuego, y en perseverancia perpétuo, y en unidad estrechísimo? Sombra son sin duda, Sabino, y ensayos muy imperfectos de amor, los amores todos con que los hombres se aman, comparados con el fuego que arde en los amadores de Cristo, que por eso se llama por excelencia el *Amado*, porque hace Dios en nosotros, para que le amemos, un amor diferenciado de los otros amores, y muy aventajado entre todos.

»Mas ¿qué no hará por afinar el amor de Cristo en nosotros quien es padre de Cristo, quien le ama como á único hijo, quien tiene puesta en solo él toda su satisfaccion y su amor? Que así dice san Pablo de Dios, que Jesucristo es su hijo de amor, que es decir, segun la propiedad de su lengua, que es el hijo á quien ama Dios con extremo. Pues si nace deste divino Padre que amemos nosotros á Cristo, su hijo, cierto es que nos encenderá á que le amemos, si no en el grado que él le ama, á lo menos en la manera que le ama él. Y cierto es que hará que el amor de los amadores de Cristo sea como el suyo, y de aquel linaje y metal único verdadero, dulce cual nunca en la tierra se conoce ni ve; porque siempre mide Dios los medios con el fin que pretende. Y en que los hombres amen á Cristo, su hijo, que les hizo hombre, no solo para que les fuese Señor, sino para que tuviesen en él la fuente de todo su bien y tesoro; así que, en que los hombres le amen no solamente pretende que se le dé su debido, sino pretende tambien que por medio del amor se hagan unos con él y participen sus naturalezas humana y divina, para que desta manera se les comuniquen sus bienes. Como Orígenes dice (c): — Derrámase la abundancia de la caridad en los corazones de los santos, para que por ella participen de la naturaleza de Dios, y para que por medio deste don del Espíritu Santo se cumpla en ellos aquella palabra del Señor (d): Como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, sean estos así unos en nosotros; conviene á saber, comunicándose nuestra naturaleza por medio del amor abundantísimo que les comunica el espíritu. —

»Pregunto pues, ¿qué amor convendrá que sea el que hace una obra tan grande? Qué amistad la que llega á tanta unidad? Qué fuego el que nos apura de nuestra tanta vileza, y nos acendra y nos sube de quilates hasta allegarnos á Dios? Es sin duda finísimo, y como Orígenes dice, abundantísimo el amor que en los pechos euamorado de Cristo cria el Espíritu Santo. Porque lo cria para hacer en ellos la mayor y mas milagrosa obra de todas, que es hacer dioses á los hombres, y trasformar en oro fino nuestro lodo vil y bajísimo. Y como si en el arte de alquimia, por solo el medio del fuego convirtiese uno en oro verdadero un pedazo de tierra, diríamos ser aquel fuego extremadamente vivo y penetrable y eficaz y de incomparable virtud; así el amor con que de los pechos santos es amado este *Amado*

(c) Orígenes, sup. epist. ad rom. 5. (d) Joan., 17, v. 21.